

www.elboomeran.com

LENTA VENGANZA

Miguel Albero

LENTA VENGANZA

zut

© zut ediciones s.l.

© Miguel Albero

Fotografía de cubierta:

© GETTY IMAGES: *Stairs lines...*, Lucile Arnaud (2007)

Diseño original: milhojas. servicios editoriales

Producción editorial: Los Papeles del Sitio

ISBN: 978-84-616-1209-3

DL: MA-2.317-2012

*Para la Profesora,
siempre y en todo caso,
tan ajena ella a la limacina
como a las lentas venganzas.*

«Si Noé hubiera poseído el don de adivinar
el futuro, habría sin duda naufragado»

E. M. CIORAN

I
EL SECRETO



Un caracol (pensativo, se mesa los cabellos)—: ¿Existirá el más allá?

La golondrina (haciendo tiempo para comerse a su presa)—: Existe, querido, vaya si existe, detrás de esas montañas hay una enorme meseta de verdes prados.

El caracol con dudas de fe (todavía ignorante de las verdaderas intenciones del ave oscura)—: Me refiero al más allá temporal, al después, al mañana sin uno.

La golondrina (se abalanza de un respingo sobre el molusco, y con habilidad de cirujano separa con su pico lo baboso y lo sólido, se come lo primero y abandona a su suerte la casa sin inquilino)—: El mañana sin ti ya es hoy —dice con la prueba aún en su boca sin dientes—. A veces el futuro está más cerca de lo que pensamos.

Flor de fábulas con caracol

GABRIEL LUMEO

DESCUBRIR que el caracol, con su andar quieto y su timidez incorregible, es el responsable del estado de cosas en el que se encuentra el mundo, termina provocándole a uno el estupor reservado para las mejores ocasiones, para esos momentos de la vida que vienen a revelarnos de golpe que las pocas certezas sobre las que hemos construido nuestro existir han dejado de ser certezas, y nos arrojan, también de golpe, al mar de incertidumbre guardado asimismo para las más espléndidas oportunidades.

Yo lo descubrí hace ya algún tiempo, y si ahora paso a dar cuenta a los demás del hallazgo es porque además conozco las causas, sé de los medios, estoy al tanto de los pormenores más nimios del secreto mejor guardado y puedo por tanto mostrarlo al mundo, aunque a ellos poco les importe mi confesión. Al caracol, a los caracoles, les traerá sin duda sin cuidado que alguien cuente eso que ellos ya saben, lo que ellos hacen fruto de una venganza meditada, pues es cosa inverosímil y su descripción no convencerá en un principio ni a los más propicios a ello. Si pudieran leer, si hubieran leído estas páginas, estoy seguro de que no se habrían preocupado por sus efectos, pode-

rosos son los suyos, ya lo veremos, y a quien tiene una fuerza semejante poco le importa la opinión de los demás o su conocimiento de la agresión, le basta con ver lo bien que funciona. Adelante, dirían ufanos, escribe cuanto quieras. Te tomarán por loco, pensarán que eres uno más de esos charlatanes que anuncian la buena nueva, o más bien la mala, pues repiten sin parar la misma cantinela, arrepentíos, arrepentíos, nos dicen señalándonos con el dedo, el final está cerca, añaden a voz en grito, y ahí no nos queda más remedio que darles la razón.

El descubrimiento de la verdad inesperada tuvo esa fuerza del resplandor que aturde y nos deja sin capacidad de reacción, pero la comprensión de lo encontrado fue tarea compleja y ardua, y en ella primero el empeño, luego la suerte y después la revelación, terminaron jugando un papel fundamental. A veces me pregunto cómo fui yo a dar con semejante tesoro, y mi respuesta es más temporal que espacial y alude al momento cuando ocurrió, etapa de mi vida caracterizada por mi predisposición a lo nuevo, todo fuera por no tener que pensar en lo anterior. Y es que no debemos olvidar que las cosas no suceden por casualidad, porque en la vida se enamora quien tiene la presencia de ánimo para ello, y encontrar (la verdad o la persona amada) es tan sólo el resultado, la consecuencia necesaria de una actitud. Cincuenta años cumplía yo el año en que me prejubilaron de la agencia de noticias, el año en que mi mujer me abandonó, dejándome los dos (trabajo y familia) sin el armazón que había sostenido mi vida hasta entonces. Todo muy simbólico y muy sincrónico, como habrán pensado si se dan a la interpretación y además a la rima. Yo sin

embargo pensé que mi vida se venía abajo, empecé a preguntarme por su sentido, toda vez que aquello que sentido le había dado no estaba ya. Ni siquiera me quedó el argumento de los hijos, esa excusa tantas veces esgrimida para seguir viviendo nuestra particular farsa, hagámoslo por los hijos, nos decimos cuando aguantamos trabajo inaguantable, y en el fondo lo estamos haciendo por nosotros mismos, incapaces como somos de tomar ninguna decisión, abandonados como estamos a la inercia, la más poderosa de las razones cuando uno ha cumplido más de cuarenta, y ya sabe que nunca será lo que soñó algún día. Los míos (los hijos) ya habían crecido, y aunque es cierto que todos tienden a hacerlo, en este caso ya estaban en edad universitaria, y además, a diferencia de tantos de sus pares, habían abandonado domicilio, familia, y hasta continente. La obsesión de mi generación por procurar a sus descendientes estudios de idiomas extranjeros fue en su caso la feliz solución a sus problemas, porque se matricularon en universidades lejanas y anglosajonas, no tanto para practicar lo aprendido como para poner tierra de por medio con unos padres que apenas se soportaban, y a los que supongo apenas soportaban ellos. Seguramente fue lo uno lo que condujo a lo otro, huida la prole no quedaba ya más pegamento en un matrimonio sin otra amalgama distinta a la responsabilidad paterno-filial.

El fiasco laboral fue tal vez más duro por sorprendente, golpe bajo sin protección, puñalada tramera a quien está aguardando palmadita en la espalda. Treinta años dedicados al periodismo son muchos años, aquí con la excusa dada a uno mismo de que más allá de trabajo eso era vocación, la maldita vo-

cación del periodista, un periodista de raza, se dice para elogiar a uno, no importa si es pigmeo o esquimal. Todos habíamos leído las noticias anunciando la crisis de la agencia, todo el mundo estaba al cabo de la calle del expediente de regulación de empleo, así es como ahora llaman precisamente a echar a la gente a la calle. Yo, sin embargo, por considerarme de esa raza de periodistas a quienes llaman periodistas de raza, nunca pensé poder ser candidato al desalojo, al punto que cuando manifesté mi sorpresa de forma airada con un no puede ser, debe haber un error, me gané, además del despido que ya venía de regalo, la animadversión de mis compañeros, quienes me tacharon de soberbio, prepotente y otras cosas mucho peores. Eso hasta que la protesta airada dio paso al llanto, un llanto que no pude contener pese a haber cumplido medio siglo de vida la semana anterior, una cosa infantil y de mucho moco y sollozo, algo intolerable que al menos sirvió para ablandar a los más enfadados. Por lo demás, alguno de los despedidos, lejos de entristecerse por la noticia, se lo tomó como un premio, indemnización al bolsillo, tiempo para gastarla y ahora a trabajar de *freelance*, así denominamos al que lo hace por libre, algo tan extraordinario que precisa una voz extranjera para nombrarlo. Yo me lo tomé sin embargo a la tremenda, el director podía haber tenido al menos la delicadeza o el valor de llamarme a su despacho, y no tener así que enterarme por la lista expuesta en el corcho de la oficina, ésa misma que todos miraron con ansiedad para no encontrar su nombre, ésa misma que yo ni me molesté en leer pensando que allí estar no podía, dejando a las secretarias la ingrata tarea de traerme

un café bien cargado y el pésame más asqueroso por compasivo que puedan imaginar.

Lo cierto es que bien podía haber sido mal que por bien no venga, pero fue más bien mal que por mal llegó. La casa para mí solo (mi mujer tuvo la delicadeza de dejármela dado que su nuevo *compañero* tenía piso grande y con terraza), una entrada mensual de dinero para no hacer nada (había escogido la indemnización a plazos) y si no toda la vida por delante, sí toda la vida que por delante quedaba, bien al frente y no detrás. Podría haber sido todo para bien, la ocasión al fin de escribir esa novela que las urgencias de la familia y la inmediatez de la prensa habían condenado a la condición de proyecto. Pero la reacción fue más bien otra, la reacción de quien se ha quedado sin nada, la constatación del vacío sin solución, y la pérdida completa de sentido, no ya del tiempo presente y ocioso y del futuro incierto, sino de toda la existencia también pasada. Para qué los niños, para qué tanta crónica absurda que nadie leyó, para qué tantas mensualidades pagadas de la hipoteca.

Los primeros meses de mi vida sin obligaciones ni convicciones me abandoné a una nada hecha de televisión y comida rápida, sin ganas de ver a nadie, porque ver incluso o sobre todo a mis mejores amigos era obligarme a dar explicaciones, a fingir que todo iba bien. Cuando no estaba en casa rumiando mis penas, me iba en autobús al centro, lejos del barrio donde podían reconocerme, y vagaba horas y horas sin más destino que el consumirlas. En esas caminatas sin rumbo repasaba mi vida para intentar encontrar algo que hubiera merecido la pena, y como la búsqueda lo era en vano, me dedicaba a mirar las caras de

quienes conmigo se cruzaban, decididas e ignorantes por igual, gente empeñada en llegar a su trabajo o su cita sin preguntarse si lo uno o lo otro tenía alguna justificación, eso mismo que yo había estado haciendo durante tantos años.

Como el recorrido vital poco conseguía aportarme, cincuenta años echados a perder sin causa ni objetivo, comencé a fijarme más en los paseantes, en sus caras, en sus andares firmes y dispuestos. La ciudad, ahora que yo no tenía como ellos algo obligado que hacer, se me aparecía de pronto como una suma de sinsentidos, lo contrario de ese hormiguero al que tanto la comparan. Es verdad que las hormigas también van deprisa y en fila, pero ellas sí tienen muy claros sus objetivos y éstos no son otros que conseguir comida para poder aguantar el invierno, salvar la especie, y además ver llegar la primavera. En la ciudad el caminar individual carece de sentido colectivo pero también particular, los hombres se limitan a cumplir la tarea inmediata asignada por otros, y rellenar de paso el día de actividad suficiente para evitar el vacío, esos cinco minutos sin ocupación que puedan hacernos reflexionar sobre la inutilidad de los otros cuatrocientos treinta y cinco que componen la jornada. Y sí, es verdad que ellos también tienen como objetivo buscar comida para pasar el invierno, pero también tienen a su pesar la condición humana, ésa que les hace saberse mortales y sin destino, ésa que es la que los lleva a no querer pararse a pensar.

Los paseos por Madrid, la ciudad donde siempre había vivido, me llevaron una mañana a caminar en vertical, y a subir sin saber por qué a una torre metálica construida con el único argumento de la pers-